

Viaje a la narrativa de Luis Sepúlveda.

Escribir la ecología : la nueva mirada

del escritor viajero

Daniuska González

Universidad Simón Bolívar Caracas, Venezuela.

Resumen

Operando en espacios fragmentados y de cambios discursivos, la novelística latinoamericana de los años noventa del siglo XX se ha estructurado, en general, a partir del canon postmoderno. Pensar esta narrativa supone el registro de ciertas prácticas del ejercicio escritural postmoderno, que fluctúan desde la aprehensión de temáticas anteriormente soslayadas, hasta un contar que, con elementos de la oralidad y de la vida cotidiana, se desliga de aquella "larga serie de oposiciones coercitivas típicas del modernismo, como las del realismo y lo fantástico, (...) la forma y el contenido" (Compagnon, Antoine [1993]: *Las cinco paradojas de la modernidad*. Caracas: Monte Ávila Editores; p. 108). En este campo del discurso ficcional, dialoga la obra del escritor Luis Sepúlveda (Ovalle, Chile, 1949), construida desde sistemas de representación contemporáneos, y cuyas marcas textuales apuntan hacia la conformación de una escritura que, mediante un relato progresivo de vivencias que posibilita el *viaje* por el mapa suramericano -y al cual tonifica una experiencia recurrente de la aventura-, entra en interacción con una de las sensibilidades fundamentales de finales de siglo: la *ecología*. El ensayo "Viaje a la narrativa de Luis Sepúlveda. **Escribir la ecología: la nueva mirada del escritor viajero**", pretende leer la novela de viajes sepulveda como una palabra continua que crea un nuevo lugar, en el cual se arma una conciencia hacia el entorno natural que se atraviesa, en medio de una móvil geografía política, ideológica y económica.

Palabras clave: Ecología, novela de viajes, conciencia ecológica.

A Journey Through the Writings of Luis Sepúlveda: Writing Ecology: A New Look at the Traveling Writer

Abstract

Operating in fragmented spaces and discursive changes, the Latin American narrative of the 1990s has been structured, in general, based on the postmodern style. Reflecting on this narrative pre-supposes the registry of certain practices in the exercise of postmodern writing, that fluctuate from the apprehension of previously santed themes up to and including elements of orality and of daily life, Sepúlveda breaks away from that "long series of typical coercive oppositions to modernism, such as those of realism and of what is fantastic, (...) the forros and the contents" (Compagnon, Antoine [1993]: *Las cinco paradojas de la modernidad*. Caracas: Monte Ávila Editores; p. 108). In this field of fictional discourse, the works of Luis Sepúlveda carry on a dialogue (Ovalle, Chile, 1949), built on contemporary representation systems, the textual demarcations which point towards the conformation of a style of writing that, by means of a progressive relatory of experiences that facilitate a trip through the South American map way -and which strengthens a recurrent experience of the adventure-, enters into interaction with one of the fundamental understandings at the end of the century: ecology. This essay "A Journey Through the writings of Luis Sepúlveda' narrative, writing ecology: a new look at the traveling writer', seeks to read the novel of trips as a continuous wording, that creates a new place, in which one is armed with a conscience toward the natural environment that is crossed, amid a movable political, ideological and economic geography.

Key words: Ecology, travel novel, ecological conscience.

*Por todos los astros lleva el sueño
 pero sólo en la tierra despertamos...
 La tierra amada día tras día,
 maravillosa, errante,
 que trae el sol al hombro de tan lejos
 y lo prodiga en nuestras casas...
 La tierra es el único planeta
 que prefiere los hombres a los ángeles.
 De Terredad, Eugenio Montejo*

Introducción

A la sociedad contemporánea la ha atravesado un tiempo de cambio en su formación discursiva. Las perspectivas que aparentemente alumbraban un futuro previsible, de estabilidad y pertenencia a ese territorio romántico del bienestar global, han quedado atrapadas para la retórica de ciertos textos idealistas, y ya sólo permanece en la realidad finisecular una sensación de agotamiento e incertidumbre, y, sobre todo, de descreimiento. La figura omnipotente del Dios cristiano ha pasado a ser una de las tantas piezas que encajan en el rompecabezas de las filosofías profanas, porque la movilidad religiosa, así como la ideológica, convierten también al paganismo en posibilidad de ascenso espiritual, y no es momento tampoco para volver a escuchar el galope uniformante de algún caballero cruzado. El tarot, los *mass media* con su cultura de homogeneización, la caída de los gobiernos de ideología marxista, la crisis espiritual de la sociedad capitalista, y las cartas astrales como respuestas cada vez más valederas para regular la vida, han conducido al hombre contemporáneo a un itinerante flujo de existencia, sin ninguna fe en lo que vendrá. En un nuevo siglo, las interrogantes prevalecen sobre las certezas, y al límite al que más se ha llegado, es al de encontrarle un eti-

quetamiento a la duda perenne en que se vive: la postmodernidad.

Así, encabalgando nociones sociales, ideológicas y políticas, la cultura, y dentro de ella, la literatura, se ha hecho eco de la inundación teórica postmoderna, y conceptos que parecían internamente sólidos como el de la modernidad, pasaron a ser referencia en un orden cultural discutido. De las fronteras que hasta hace pocos años se levantaban vigorosas -las diferencias esenciales entre el contenido y la forma, la escritura para las élites y para las masas, y la pureza o el comprometimiento de la escritura, entre otras-, ahora se divisan ruinas, y el cambio constante en la *episteme* recuerda que todavía es tiempo de transformaciones y desestabilización.

... la sensación del final de esto o aquello (de la ideología, del arte o de las clases sociales; la "crisis" del leninismo, de la socialdemocracia o del Estado del bienestar, etc.); en conjunto, quizás de todo esto constituya lo que, cada vez con más frecuencia, se llama postmodernidad. (Jameson 1996: 23).

Postmodernidad que, para la creación literaria, convenciona nuevos esquemas y trata de separarse de algunos de los binomios que legara el modernismo, como el de la tradición y la novedad.

Para Lechner, "el discurso postmoderno expresa un nuevo estado

de ánimo" (1988: 30), de ahí que en el acto de escribir se alienten otros anhelos no tomados en cuenta con anterioridad. Voz que pretende redimir del desconcierto y de la pérdida de fe, la escritura propone un espacio que hace de los múltiples fragmentos de la dispersión contemporánea, un vitral sobre el que se espejea la posibilidad de comprender, aunque sea fugazmente, por cuál camino transita la sociedad. Si ya no puede hablarse de determinar una verdad, en el sentido bartheano del término, al menos la palabra permanece como la salida para que al hombre no se le cierre completamente el túnel de sus antiguas certezas.

Y esta palabra de respuesta es la que trata de formarse en la novelística de Luis Sepúlveda (Ovalle, Chile, 1949). Un recorrido de lectura por su obra descubre la presencia de tópicos que se engarzan con las preocupaciones de este cierre de siglo postmoderno: la ecología, la constitución escrituraria de un sujeto viajero "carente de estabilidad" (Chambers, 1995: 160), y el rito de ubicación frente a lo que se considera como Otrredad, para de esta manera mezclarse y encontrar como individuo un posible lugar de asentamiento.

Escritura a veces fragmentada, creada sobre el camino disperso y discontinuo de la vida, que se nutre de los paisajes desgastados por el propio hombre -naturales y socia-

les-, y que los cartografía para dejarlos afirmados en la memoria que permite construir la palabra.

El viaje de la escritura coincide con ese mapamundi itinerante de la geografía contemporánea, donde desaparece visualmente lo que no logra afianzarse por medio de la letra: selvas abrasadas por un supuesto afán civilizatorio, regímenes con violentas transformaciones internas, los cuales cambian en momentos su *status* político, razas indígenas o individuos marginados, de quienes sólo se presiente la existencia por el registro de las novelas.

Como si se tratara de asentarlos en las páginas de una antigua carta de navegación, los puntos sobre los que se reflexionará aproximan coordenadas que, al cohesionarse, revelan las principales preocupaciones del hombre postmoderno. Porque la escritura, además de dibujar el espacio físico, también permite comprender, aunque sea fragmentariamente, estos finales y nuevos inicios de siglos.

Pulsando las tensiones de la época, la narrativa sepulveana señala hacia las instancias de más problematización de la actualidad, principalmente la que involucra a la ecología. A pesar de que para Chambers, ésta existe dentro "de una constelación híbrida que oscila entre el conocimiento oficial y el folklore ocultista, entre la innovación científica y la perenne filosofía esotérica" (1995:

164), no resulta menos cierto que la ecología ocupa las mentalidades y las reacciones del hombre postmoderno, y por ello se vuelve difícil encontrar una individualidad superponiéndose a los desmanes aventureros de un capitalismo expansionista, pues ahora se apunta más a la cohesión global de los actos y a la reunificación de fuerzas para un propósito, como el representado por Greenpeace. De lo que sí no hay la menor duda, es que la postmodernidad ha tomado la ecología como uno de sus planteamientos *per se*.

En otra dirección, el análisis tratará de construir la presencia de un sujeto que se forma desde la subjetividad de lo que cuenta, de sus experiencias en el camino. La postmodernidad ha levantado un mundo al que se está "necesariamente vinculado como sujeto biológico" (Jame-son, 1996: 71), perdida toda posibilidad de ser, como en etapas anteriores, sujeto colectivo de un acto ideológico. Las vivencias cotidianas se inmiscuyen, más que nunca, en esta subjetividad que lo arma, y la fragmentariedad y la inconstancia lo atraviesan continuamente.

Sujeto perdido en una época de absoluta movilidad, tiende a aferrarse a la palabra como salida para su existencia contradictoria, y es en la escritura cartográfica de su universo donde se percibe como individuali-

dad. De ahí que muchas veces, el descubrimiento de lo desconocido en su periplo por el mapa de la contemporaneidad (que es intrínsecamente alteridad), sea asumido como respuesta a sus propias interrogantes. Viajar, escribir lo que se padece y situarse frente a "otra" individualidad que devuelve las imágenes propias como un reflejo, coloca a este sujeto en posición de "privilegiar el fragmento, el acontecimiento, el cuerpo, la voz" (Chambers, 1995: 171), para así reconocerse en medio de su trashumancia.

El sujeto atraviesa un extenso paisaje de sensaciones no reveladas, que lo despiertan como un individuo ajeno al que creía ser, sin salidas, y únicamente con la escritura a mano para sobreponerse. El sujeto está obligado a esperar cambios cada vez más impredecibles.

1. La utopía del planeta verde. El tema ecológico en la escritura de Sepúlveda

Cuando en *Patagonia Express* se cuenta que "frente a la primera angostura del estrecho de Magallanes" (Sepúlveda 1995: 119), se distingue a lo lejos la sepultura de un niño que murió de tristeza por el asesinato de su único amigo, un delfín, se pudiera pensar que sólo la escritura trata de conmovier con estas historias. La realidad, sin embargo, resulta más

rencia. Al aumentar la demanda social, se ejerce una presión cada vez mayor sobre la oferta natural que conduce finalmente a la destrucción de la capacidad ecosistémica de resiliencia, lo que en lo cultural conduce a una crisis interna expresada en desajustes y procesos internos de violencia... (González, 1997: 35).

Ciertamente existe una relación problemática y no resuelta entre el ser humano y la naturaleza. La tecnología ha traído progreso pero también muerte. Grandes maquinarias horadan la tierra, aplanan bosques inmensos, desvían cauces de ríos y roban afluentes al mar. Las especies animales se han encontrado fugitivas dentro de sus propios territorios y la flora ha perecido al cambiar sus condiciones climáticas de adaptación. El hombre ha sido verdugo con quien le dio origen, y la hecatombe por causa de una preterida civilización ha colocado a la Tierra en la peligrosa frontera de la extinción. Gea ha sido devorada por sus propios hijos.

En este espacio de interacción discutida hombre-ambiente, se mueve la escritura de Sepúlveda; la constante pulsación de los problemas que agreden al entorno, convierten su palabra en tema ecológico y la centralizan sobre fundamentos que tienen que ver con la conciencia hacia una preservación de lo natural. Sin embargo, valdría la pena, en primera instancia, delimitar ciertos

conceptos sobre la ecología, para después acceder a lo que se registra en la literatura de este autor.

En la raíz griega *oikos* que significa casa, se encuentra el origen del término ecología. Pero más allá de las definiciones etimológicas, la ecología se responsabiliza con el "estudio de la `casa' o, más ampliamente, el estudio del ambiente que rodea a los organismos" (Mazparrote y Cenicerros, s/f: 5), entorno del cual forma parte, por supuesto, la raza humana. Conciencia ecológica, entonces, como la sensibilidad hacia esa "gran casa" por parte del hombre, único ser racional, mediante relaciones de cuidado y de contacto sin degradación respecto a sus elementos, y poniendo énfasis en que en el ecosistema "las singularidades que luchan entre sí logren encontrar un coeficiente de cooperación que permita su mutua subsistencia" (Restrepo, 1997: 76).

Claro que para afirmarse, la conciencia ecológica necesita de una puesta en práctica, que puede encauzarse a través de la acción directa de organizaciones -Greenpeace y los partidos verdes alemanes, por ejemplo-, o de la adopción de tratados internacionales como los firmados durante la Conferencia de Río de Janeiro en 1992: la "Convención sobre el Cambio Climático" y la "Convención sobre la Diversidad Biológica", así como de conceptos que tiendan a

equilibrar el despliegue tecnológico con la integridad ambiental, y esto último resulta bien importante, porque de ello se deriva una estrategia que se difumina como una luz intermitente en la escritura de Sepúlveda: la del Desarrollo Sostenible o Sustentable.

Se puede entender como Desarrollo Sostenible 1 (...) una situación deseable para un grupo humano, caracterizada por el logro de un sistema de interacciones con el sistema biofísico mediante el cual se logre maximizar su potencial productivo y reproductivo inmanente; *cumpliendo desde el punto de vista ecosistémico el objetivo de la conservación*, a la vez que, desde el punto de vista productivo, se satisfacen las necesidades humanas... (González, 1997: 37) (Lo destacado en cursivas: D.G).

En tal sentido, la racionalidad postmoderna lleva implícita la aceleración de la destrucción natural, pero también permite, por su inconstancia, el surgimiento de procesos que resguarden los elementos del entorno. No se trata como decía Rousseau de "regresar a vivir en los bosques con los osos" (1985: 127), sino de lograr un equilibrio para balancear el progreso y la supervivencia de la naturaleza como entidad física: nada justifica la *desterritorialización* de una comunidad de la selva, si se puede planificar, sin afectarla, un desarrollo que le interesa al hombre.

Una nueva mirada se incrusta en el propio latido de la postmodernidad: la de la ecología. Muchos de los movimientos inherentes al "afán civilizatorio", son detenidos por la conciencia de grupos que se movilizan para preservar el ambiente. Si durante los primeros años de la modernidad se marcaba sin respuesta la muerte de lo ajeno, de ese espacio considerado como "Otro" -el exterminio de los indios pieles rojas en la conquista del Gran Norte o la caza de la ballena en los mares del Sur con vistas a su comercialización-, en la contemporaneidad finisecular los pretendidos avances del progreso, encuentran siempre voces colectivas de alerta y de denuncia. Los rasgos de preocupación apenas alumbrados de soslayo en la época de la escritura de Hemingway, en estos momentos alcanzan la dimensión de conciencia.

Asimismo y previo al análisis de las novelas sepulveanas con temas ecológicos, resulta interesante señalar los espacios centrales que penetran esta conciencia, es decir, los problemas que han motivado el desarrollo ecológico contemporáneo, pues coinciden con los que Sepúlveda aprehende en su escritura. Como nota Bajtín, "el material de la representación literaria (...) está dado sin ninguna distancia, al nivel de la actualidad, en la zona del contacto directo" (1986: 534).

Los problemas medioambientales más discutidos se manifiestan sobre las bases de la contaminación del ecosistema, fundamentalmente por el derrame de petróleo en aguas profundas y costeras (la llamada marea negra), la deforestación de las selvas ecuatoriales y la desertización en las regiones semiáridas, y la desaparición de los hábitats naturales por la construcción de urbanizaciones y la roturación de terrenos.

Que se entienda que estas tendencias destructivas son más que simples enumeraciones, pues sobre ellas se ha estructurado toda una narrativa y una conciencia social. La "psicogeografía" de la que habla Chambers, "la práctica de flotar (...) que conduce a la reescritura del texto (...) en términos de un deseo que acecha (...), de la situación" (1995: 147), es posible vaciarla sobre la palabra sepulveana, porque la cartografía que se reescribe a medida que el sujeto transita por la naturaleza, traza por igual un mapa del estado real en que interaccionan el hombre y el entorno -ese espacio llamado "clímax ecológico natural" (Botkin, 1993: 22)-, como de los propios anhelos, y de su utopía personal.

Adentrándose, entonces, en las novelas de Sepúlveda, se puede hablar, en primer término, de la presencia de fundamentos ecológicos, entendidos éstos como las reflexiones que se cohesionan hasta armar la

ecología como tema o visión de mundo, en el sentido de fijar en esta narrativa una mirada central sobre "los organismos en relación a ellos mismos y a lo que les rodea" (Caldwell, 1993: 11).

Uno de los fundamentos más importantes de la escritura sepulveana -que coincide con el de otros autores- viene de entender al universo como un ecosistema, en el cual cualquier alteración a la que se vean sometidos sus miembros, termina, indefectiblemente, en desequilibrio. Recuérdese que el ecosistema es la unidad ecológica entre una comunidad de animales y plantas que habitan un mismo territorio natural y los cuales forman un conjunto por la manera en que se relacionan; y el biotopo, o sea, el lugar específico donde se encuentran viviendo estos organismos.

La tala de árboles, la muerte de especies animales o la transformación de un terreno, pueden marcar el comienzo de la desestabilización ecosistémica. Por este motivo, para Sepúlveda se impone un llamado de alerta acerca de la ubicación de los elementos del ecosistema en función del riesgo que significa provocar un desequilibrio. Las páginas de *Un viejo que leía novelas de amor*, reflejan la consecuencia de esta alteración:

Tanto los colonos como los buscadores de oro cometían toda clase de errores estúpidos en la selva. La depredaban sin consideración...

A veces, **por ganar unos metros de terreno plano talaban sin orden dejando aislada a una quebrantahuesos**, y ésta se **desquitaba eliminándoles una acémila (...)** Y **estaban también los gringos...**

... Se ensañaban con los tigrillos, sin diferenciar crías o hembras preñadas...

... y los tigrillos sobrevivientes se desquitaban destripando reses famélicas. (1993: 59-60).

La intromisión humana en el desarrollo natural de la vida y de la cadena trófica, ha alterado el ciclo de convivencia en el ecosistema, y ha señalado hacia el límite de un mundo que hace malabarismos para preservarse. Es de esta manera como se origina el "clímax" de desequilibrio que define Botkin, y el cual ha conducido a medidas extremas, como las de las reservaciones para los osos pandas y los elefantes, y las moratorias impuestas por la Comisión Ballenera Internacional (CBI) -ya en 1935, Australia había solicitado la protección de la ballena meridional, hoy casi extinguida-.

Pero pensar que estos paliativos pueden conjurar el peso de la debacle, resultaría iluso. Muchos gobiernos se oponen a la construcción de las reservas, argumentando los altos costos que generan, mientras otros violan los acuerdos de preservación, debido a los beneficios económicos que les reportan: el marfil, por ejemplo, se cotiza muy bien en Japón y las casas de alta costura europeas

pagan precios exorbitantes por la chinchilla, un roedor de la América Meridional, en peligro de extinción. Bastaría agregar que para obtener cuarenta kilos de marfil se asesina a un animal de ocho toneladas, y la confección de un abrigo de piel de chinchilla significa la muerte de doce de estos animales.

Porque la solución del problema ecológico no nace de las reservaciones o moratorias, éstas representan respuestas parciales a una situación que exige cambios profundos de percepción e interiorización del precipicio físico y ético sobre el cual está situada la humanidad: si para el año 2025, a nivel global, no se llevan a la práctica medidas concretas -impedir la tala de los árboles y la roturación para la siembra, ya sea por transnacionales o por agricultores individuales, así como el levantamiento de autopistas y conjuntos poblacionales-, habrán desaparecido las selvas de todo el planeta.

Observar la problemática ecológica como una situación cultural es otro de los fundamentos que se trasluce. La separación aparentemente irreconciliable entre la naturaleza y la cultura, reflejada en la escritura latinoamericana de principios y mediados de siglo a través de la clásica dicotomía civilización contra barbarie, pierde sentido para el autor, toda vez que la transformación del medio natural depende por completo del

conjunto de conocimientos y modos de vida de una determinada comunidad cultural.

Mientras el hombre no logre articular estas dos instancias, continuará un enfrentamiento de exterminio, pues "cada cultura, crea su ambiente y sus problemas y también sus soluciones" (González, 1997: 36-37). Quizás se piense que este fundamento resulta evidente, pero lo cierto es que de él parte, y en gran medida, el desequilibrio ecológico.

De esta manera, Antonio José Bolívar Proaño, quien llega a la selva procedente de una cultura cuyo espíritu se nutre de doblegar la naturaleza por la fuerza de la técnica -"Quería vengarse (...) de ese infierno verde (...) Soñaba con un gran fuego convirtiendo la amazonía entera en una pira" (Sepúlveda, 1993: 44)-, sólo accede a una relación de respeto hacia el entorno después de su integración a la cultura shuar, la cual, desde sus primeros tiempos de asentamiento, había conseguido la tan necesaria armonía hombre-naturaleza:

La vida en la selva templó cada detalle de su cuerpo (...) Sabía tanto de la selva como un shuar. Era tan buen rastreador como un shuar. Nadaba tan bien como un shuar (...) Viendo pasar el río Nangaritzta hubiera podido pensar que el tiempo esquivaba aquel rincón amazónico, pero las aves sabían que poderosas lenguas avanzaban desde occidente hurgando en el cuerpo de la selva.

Enormes máquinas abrían caminos y los shuar aumentaron su movilidad (50-52).

Entre la adaptación a otra cultura y la dejación de la propia, Bolívar Proaño intercala reflexiones que tienden al asentamiento de una preocupación ecológica, la cual pone al descubierto el desconocimiento y la barbarie hacia la naturaleza -por ser "otra"- que se implica en la cultura occidental. Como apunta Restrepo acerca del origen de la crisis ecológica contemporánea, "cuando Occidente entra en contacto con culturas extrañas (...) necesita de la muerte de lo singular, que desaparece para renacer en la figura de lo universal" (1997: 67-68).

Equilibrio entre cultura y naturaleza que deriva, además, hacia otro fundamento: el del problema ecológico y su carácter político. Al respecto, cuando se utiliza el término "político" se está entendiendo una dinámica de participación entre el gobierno y la sociedad, así como la concientización de ambas fuerzas para la búsqueda de una solución a una determinada problemática. Lo político abandona su principal sentido de discurso de control que le señala Foucault, para retener la aceptación de palabra para la "reverberación de una verdad" (1983: 41), y de juego donde se combinan e intercambian, de manera visible, las ideas entre los ciudadanos y sus gobernantes.

... ¿Por qué el futuro del medio ambiente de la humanidad se ha convertido en una cuestión política? (...) ¿Por qué esta pregunta debe ser contestada a través de la política?

... *La gente solamente puede guiar o controlar sus comportamientos medioambientales colectivos a través de procedimientos de gobierno...* (Caldwell, 1993: 3-4) (Lo destacado en cursivas: D.G.).

La escritura pulsa zonas complejas de esta interacción. El problema ecológico persiste y se acrecienta en el continente latinoamericano porque, sustentándolo, aparece la indiferencia o la complicidad de los gobiernos. No pueden existir líneas de acción si una de las partes de este diálogo político no representa el impulso beneficiario que Caldwell le adjudica. De ahí la denuncia: "En la novedosa embarcación llegaron cuatro norteamericanos (...) Permanecieron adulando y atosigando de whisky al alcalde (...) querían llegar bien adentro y fotografiar a los shuar" (Sepúlveda 1993: 86-90); "-Los japoneses, se veía venir, han colmado de regalos a los generales chilenos. Es obvio que esperaran una retribución" (1994 a: 53) y "El desastre ecológico provocado por los japoneses y sus peones del régimen militar chileno al norte del Reloncaví no nos era ajeno" (101).

De la posibilidad de establecer una comunicación entre el gobierno y la ciudadanía para proponer accio-

nes de carácter ecológico, podría llevarse a la práctica la idea del Desarrollo Sustentable, definido anteriormente por González, y que para Caldwell significa el "proceso en el que predominan las consideraciones económicas (...) con la (...) de renovación socio-ecológica o estabilidad relativa en un mundo cambiante" (1993: 195), idea que recoge también la escritura de Sepúlveda dentro de sus fundamentos: "Soñamos diferente. Nuestro sueño es: mares abiertos en los que todas las especies *puedan vivir y multiplicarse en paz y armonía con las necesidades humanas*. (1994 a: 57) (Lo destacado en cursivas: D.G.).

Si se observa con detenimiento esta cita, se puede percibir, además del equilibrio entre la naturaleza y el hombre, impulso básico del Desarrollo Sustentable, la introducción de un elemento utópico, de un sueño inconcluso, que aparecen intrínsecamente en un concepto global, para pulsar una situación de interés colectivo. Así, cuando se dice "Soñamos" y "Nuestro sueño", se está hablando de una idea que involucra a esa parte de la humanidad preocupada por el ambiente y la cual encuentra en la teoría del Desarrollo Sustentable la manera de llevar a la práctica su aspiración, a largo o mediano plazo.

Solamente con la nueva cosmovisión que plantea esta teoría, la socie-

dad postmoderna alcanzaría su preservación como entidad social en evolución y, a la vez, podría resguardar el ecosistema. Si las estrategias económicas no planificadas constituyen una de las variables de la movilidad finisecular, no resulta falso que, en menor escala, se han afianzado otras estrategias para la armonía entre la civilización y la considerada clásicamente su opo- nente: la naturaleza.

Estos fundamentos ecológicos que se rastrean en la escritura sepulveana van haciendo una visión de mundo, construyéndola en el sentido bajtiniano de realidad que se fija (en este caso, la referida a la ecología) a través de postulados (sus fundamentos), para constituir así "el objeto admisible de representación" (1986: 529). A propósito de esta afirmación, puede comenzar a hablarse de la ecología como tema para la narrativa.

Las novelas descubren lo ecológico como principio generador. Del viaje geográfico y espiritual que las concatena, parte una mirada sobre el entorno, que lo fija desde la preocupación, que implica, además, una denuncia. Los elementos cronotópicos bajtinianos -tiempo y espacio- se ponen en función del recorrido visual por los territorios que se atraviesan, y se espejean sobre los presupuestos ecológicos:

Puerto Nuevo es una pequeña caleta de pescadores. Antes eran balleneros, pero

desde que los cetáceos desaparecieron exterminados por los japoneses la gente de allí se dedica a la pesca artesanal y a los mariscos (Sepúlveda, 1994 b: 188).

El tema se construye sobre el presente en devenir que Bajtín le confiere como coordinada a la novela contemporánea. Por tanto, al tema ecológico lo acompañan la indefinición, un futuro de abiertas interrogantes y la indeterminación inherente de lo que se desconoce su desenlace, en este caso, la preservación del ecosistema, porque así se arma el napa actual que lo sustenta, siempre como "un contacto con el medio del presente inconcluso" (Bajtín, 1986: 539). Tema tratado, pues, desde la actualización y desde una sensibilidad característica de estos últimos años del siglo XX.

Cuando se habla del tema de una novela, en el sentido en el que lo concibe Bajtín de "proposición que se toma como materia para un discurso autoral, literario (...) o extraartístico" (1986: 91), se apunta también a los registros que fluctúan en torno a él y que le son subordinados, entre ellos, la concatenación de los acontecimientos narrativos, y el desarrollo de la acción. Un recorrido por las novelas sepulveanas permite constatar que la ecología opera como resorte que pone en movimiento escenarios, sujetos, tramas, y acciones. Si se analiza, por ejemplo, la novela *Yacaré*, se puede ubicar

una trama generada por un incidente ecológico: la matanza de esta especie de reptil, común en una zona del territorio brasileño. A partir de este momento, todos los sujetos aparecen problematizados sobre esta base, y la acción, en este caso de *suspense*, va encontrando soluciones a medida que también se resuelven las situaciones que produjo la problemática ecológica. Inclusive, los diálogos se suceden porque avanzan los acontecimientos vinculados al tema ecológico: el comisario Arpaia, Dany Contreras, corredor de Seguros Helvética, el excéntrico millonario Carlo Ciccarelli y Ornella Brunni, antropóloga y "cerebro" del plan vengativo de la tribu de los anaré, cuentan a partir de los asesinatos que provoca el conflicto por la caza del yacaré en el bajo Mato Grosso brasileño. Sus historias los convierten en segmentos de una única voz que atraviesa la novela para descubrir los intereses que se esconden detrás de la cacería y del tráfico ilegal del animal.

Idéntico análisis puede generarse en *Un viejo que leía novelas de amor*, *Mundo del fin del mundo e Historia de una gaviota y del gato que le enseñó a volar*, novelas en las cuales el tema ecológico distribuye los resortes para que se desplieguen la trama, los escenarios con los sujetos y las acciones: en la primera, el asesinato de una cría de tigrillos,

produce la venganza de la madre en la amazonía ecuatoriana; el exterminio de las ballenas en el Golfo de Corcovado es el afluente desde el cual se estructura *Mundo del fin del inundo*; y, por último, una gaviota apresada por la marea negra, pone un huevo antes de morir frente a un gato que se encargará de cuidarlo, para dar lugar a una historia de ternura y de denuncia ambiental: "las gaviotas (...) morían lentamente, asfixiadas por el petróleo que, metiéndose entre las plumas, les tapaba todos los poros. La mancha negra. La peste negra" (Sepúlveda, 1997: 28).

Lo que se está poniendo en juego a partir del desarrollo del tema ecológico, viene de la pulsación de un estadio de evolución contemporánea determinado "por una serie de catástrofes de inestabilidad sin centro de control privilegiado" (Restrepo, 1997: 74), porque, y como se había señalado anteriormente, en el tratamiento ecológico de las novelas sepulveanas confluye, se hace eco, una problemática de fin de siglo. El tema ecológico actualiza la escritura, la coloca a tono con la época y de esta manera, la dialogiza con el presente. Es como si centrándose en lo ecológico, la escritura pretendiera legitimarse como signo del tiempo en que es creada.

La postmodernidad ha sido el cauce para la multiplicidad de sentidos y anhelos que conforman la vida

finisecular, y se puede decir que dentro de "la condición postmoderna", la recurrencia al tema ecológico representa uno de los niveles más significativos, pues a través de él existe la voluntad de aprehender una zona de conflicto no resuelto, de "una problemicidad nueva y específica (...) que se caracteriza por una (...) reevaluación eterna" (Bajtín, 1986: 543).

Pero el tema ecológico lleva en sí un elemento utópico. La ecología contiene la esperanza en un futuro de convivencia armónica y equilibrada entre el hombre y la naturaleza. Portadora de fe en medio del caos existencial de los últimos años, la ecología -y su centralidad como tema en la literatura-, abre una dimensión de que todavía "algo" puede ser factible de realización. De que aún no todo está perdido y que la posibilidad de "convertir a la Tierra en un lugar más pobre e inhóspito que el actual" (Caldwell, 1993: 159), puede conjurarse. Al respecto de lo utópico, Baczkó plantea que se forman "estructuras de bienvenida a las esperanzas colectivas en la búsqueda de una idea moral y social, y por consiguiente intervienen como un agente activo que contribuye a la cristalización de los sueños difusos" (1991: 70).

gema ecológico que permite la entrada al sueño utópico de un porvenir con más valores éticos que los

de la sociedad del presente postmoderno. Si la denuncia se explicita en las novelas sepulveanas, también se visualiza una esperanza de sobrevivencia. Y esta esperanza, que viene de la palabra y, a veces, de la poesía, funda la utopía.

Utopía que extiende sus raíces a un espacio universal y que abandona la definición tan limitativa de "tierra de ningún lugar" que se asentara en 1516 con Tomás Moro, para colocarse en un territorio vasto, que no es otro que el de la propia Tierra. Del tema ecológico fluye lo utópico, porque el apunte que capta **la naturaleza** y la degradación a la que ha sido sometida por el hombre, porta especularmente la imagen de un "planeta verde": de un ecosistema protegido y en el cual se equilibren sus elementos. Para Sepúlveda, la utopía se encuentra frente a los propios ojos de los hombres, enfrentándolos, pero ellos aún no pueden visualizarla por su egoísmo e intereses personales. Es "un fenómeno omnipresente" que, sin embargo, se mantiene como "un permanente llamado al futuro" (Baczkó, 1991: 76).

Y mientras, ¿cómo componer esta utopía? ¿hacia qué espacio conducirla? En el presente, **la utopía ha encontrado el lugar de la escritura, la palabra** le ha servido para afianzarse y desde ella habita se cuenta de las selvas en el esplendor virgen que pudieran ser y que ahora lo impiden la

tala y la concentración de ciudades en sus áreas; de los océanos limpios de contaminación, con sus especies libres de la persecución de cazadores inescrupulosos, no más "moradas del Príncipe de las Tinieblas", para poetizar con los versos de Lautréamont la maldad que se ciñe sobre los mares; de tribus indígenas y poblaciones autóctonas en su hábitat, sin que se sientan obligadas a emigrar por el avance de "la obra maestra del hombre civilizado: el desierto" (Sepúlveda, 1993: 60). Utopía que se hace letra, palabra visionaria que, como desde el inicio de la vida del hombre sobre la Tierra, atesora la pureza de mejores tiempos.

Si para Paz la poesía "procura hacer sagrado el mundo" (1984: 95), para Sepúlveda ese mundo puede volverse sagrado -en el sentido de ideal- si la poesía acompaña los intentos de forjar una utopía. Por ello, no resulta casual que en *Historia de una gaviota y del gato que le enseñó a volar*, aparezca un poeta entregándole la gaviota al viento, para que vuele libre. La poesía salva de un final triste, que quizá se hubiera espejado en el mortal destino que acechó a la gaviota madre, y permite acceder, poéticamente, a una descripción de puede existir otro cielo, límpido y descontaminado, otra manera de ver la naturaleza, si el hombre se lo propone. Después de tanta incertidumbre,

se tiene a la poesía para aguardar mejores tiempos.

... Ese humano me inspira confianza -reconoció Zorbas-. Le he oído leer lo que escribe. Son hermosas palabras que alegran o entristecen, pero siempre producen placer y suscitan deseos de seguir escuchando.

-¡ Un poeta! Lo que ese humano hace se llama poesía. (...)

- ¿Y qué te lleva a pensar que ese humano sabe volar? (...)

- Tal vez no sepa volar con alas de pájaro, pero al escucharlo siempre he pensado que vuela con sus palabras -respondió Zorbas (Sepúlveda, 1997: 119-120).

Si como nota Baczko, las utopías son para ciertos grupos el "lugar de anclaje de las esperanzas" (1991: 107), entonces el sitio escogido -el de la escritura-, abre las compuertas a los anhelos de una parte de la humanidad que, utópicamente, cree en un mañana esperanzador para la naturaleza. La gaviota que vuela majestuosa sobre el hermoso cielo que dibuja la lluvia, gracias a la voluntad del poeta, es el símbolo de la utopía que unirá al hombre con el entorno.

La literatura es dadora de ilusiones y forja de utopías. A través de la escritura, se crea el territorio de la armonía que existirá en el futuro, e, inclusive, se va más allá de los límites de la propia creación, al admitir-

se que la obra literaria *per se*, permite enfrentar las laceraciones que ha ocasionado el propio hombre en el ambiente. Espacio anhelado del refugio y de la paz espiritual ante tanta hecatombe:

... sin dejar de maldecir al gringo inaugurador de la tragedia, al alcalde, a los buscadores de oro, a todos los que empujaban la virginidad de su amazonía, (...) echó a andar en pos de El Idilio, de su choza, y de sus novelas que hablaban del amor con palabras tan hermosas que a veces le hacían olvidar la barbarie humana. (1993: 137) (Lo destacado en cursivas: D.G.).

Escritura, terna ecológico, utopía: tres dimensiones que se complementan para fundar el diálogo entre el hombre y la naturaleza. En la narrativa sepulveana hasta la denuncia pareciera conducir al estado utópico, pues en ella confluye el caótico comportamiento humano hacia el entorno actual con la ascesis que se pretende para el futuro. Así, cuando

en *Mundo del fin del mundo*, se narra el incidente entre Pedro Chico, las ballenas y los delfines contra la tripulación del *Nishin Maru*, la esperanza se centra en que las ballenas calderón que sobrevivieron la matanza, encuentren, hasta el final de sus días, el espacio de paz que necesitan para reproducirse: "La calderón que nos escoltó es un macho expedicionario. Buscarán otras enseñadas, otros fiordos por el sur, cada vez más al sur" (1994 a: 139).

Utopía como grito de desvelo por un porvenir justo. Utopía destinada a construir el lugar del respeto hacia lo que es diferente, porque, hasta el momento, "los humanos son generalmente incapaces de aceptar que un ser diferente a ellos los entienda y trate de darse a entender" (Sepúlveda, 1997: 115). Utopía que en el hombre comprometido que es Sepúlveda, forma parte de una lucha mayor, la que se instaura "contra las contradicciones y los desgarramientos de su propio tiempo" (Baczko, 1991: 107).

Bibliografía

- A.A.V.V. *Documentos de la Cumbre de la Tierra*. Río de Janeiro: Diskette editado por el Consejo de la Tierra, 1992.
- BAJTÍN, Mijaíl. *Problemas literarios y estéticos*. La Habana: Editorial Arte y Literatura, 1986.
- BACZKO, Bronislaw. *Los imaginarios sociales*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1991.
- Botkin, Daniel B. *Armonías Discordantes. Una ecología para el siglo XXI*. Madrid: Acento Editorial, 1993.

- Caldwell, Lynton Keith. *Ecología, Ciencias y Política Medioambiental*. Madrid: Me Graw-Hill/Interamericana de España, S.A., 1993.
- Chambers, Iain. *Migración, Cultura, Identidad*. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1995.
- Foucault, Michel. *El orden del discurso*. México: Siglo XXI, 1983.
- González, Francisco. "Reflexiones acerca de la relación entre los conceptos ecosistema, cultura y desarrollo", en: *Ensayos de Ambiente y Desarrollo*, No. 1. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, 1996.
- . "Ecología y Sociedad", en: *Universitas Humanistica*, No. 15, Bogotá, enero-junio; pp. 31-39, 1997.
- Hernández, Abelardo. "Catástrofes naturales que nunca te hubieras imaginado que podrían llegar a ocurrir si...", en: Revista *CNR*, No. 4, Barcelona, junio; pp. 32-38. 1997.
- Jameson, Fredric. *Teoría de la postmodernidad*. Madrid: Trotta, 1996.
- Lechner, Norbert. "Un desencanto llamado posmodernidad", en: *Punto de Vista*, No. 33, Buenos Aires, septiembre-diciembre; pp. 25-31, 1988.
- MAZPARROTE, Serafín y CENICEROS, Justo. *Fundamentos de Ecología*. Caracas: Editorial Biósfera, s.f.
- MORO, Tomás. *Utopía*. Barcelona: Orbis, 1984.
- PAZ, Octavio. *Las peras del olmo*. Barcelona: Seix Barra], 1984.
- RESTREPO, Luis Carlos. "La ecología social de la diferencia", en: *Universitas Humanistica*, no. 15, Bogotá, enero-junio, pp. 65-76, 1997.
- ROUSSEAU, J.J. *Discurso sobre el origen de la desigualdad entre los hombres. El contrato social*. Barcelona: Orbis, 1985.
- SEPÚLVEDA, Luis. *Un viejo que leía novelas de amor*. Barcelona: Tusquets, 1993.
- . *Mundo del fin del mundo*. Barcelona: Tusquets, 1994 a.
- . *Nombre de torero*. Barcelona: Tusquets, 1994 b.
- . *Patagonia Express*. Barcelona: Tusquets, 1995.
- . *Historia de una gaviota y del gato que le enseñó a rolar*. Barcelona: Tusquets, 1996.
- . *Desencuentros*. Barcelona: Tusquets, 1997.
- . *Diario de un killer sentimental. Yacaré*. Barcelona: Tusquets, 1998.